

Un niño llamado Fidel Alejandro

Un niño llamado *Fidel Alejandro*

María Luisa García Moreno
Rafaela Valerino Romero
Ilustraciones: Ángel Velazco Hernández



CASA EDITORIAL VERDE OLIVO
LA HABANA, 2018

Edición: *María Luisa García Moreno*
Diseño interior y realización: *Claudia Gorrita Martínez*
Ilustraciones: *Ángel Velazco Hernández*
Corrección: *Maricel Pérez Aguilera*

© María Luisa García Moreno, 2018
© Rafaela Valerino Romero, 2018
© Sobre la presente edición:
Casa Editorial Verde Olivo, 2018

ISBN 978-959-204-376-7

Primera reimpresión, 2018

Todos los derechos reservados. Esta publicación
no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
en ningún soporte sin la autorización por escrito
de la editorial.

Casa Editorial Verde Olivo
Avenida de Independencia y San Pedro
Apartado 6916. CP 10600
Plaza de la Revolución, La Habana
volivo@unicom.co.cu

Prologuillo

Revolución Cubana: 1959-

Enero de victorias: 1959

Sierra Maestra: 1956-1958

Desembarco del *Granma*: 1956

Asalto al cuartel Moncada: 1953

Universidad de La Habana: 1945

Colegio de Belén, en La Habana: 1942

Colegio de Santiago: 1932

Birán: 1926

Noventa escalones para ascender a la cima de una vida dedicada a los demás, a Cuba, al mundo, a la humanidad. Era solo un niño y, aunque tenía una cómoda situación familiar, sufrió el hambre que aún hoy padecen millones de infantes en el mundo, a pesar de su estímulo cotidiano a la solidaridad mundial.

Era solo un niño, pero no admitió la vejación ni siquiera de parte de sus superiores. Desde temprano, la estirpe de hombre libre corrió por sus venas.

Era solo un adolescente, apuesto e inteligente, gallardo y muy estudioso, cuyo futuro fue avizorado desde entonces.

Era solo un joven e hizo repicar de nuevo la campana de la Demajagua para que los estudiantes, y la juventud del país y del planeta reclamaran los derechos de quienes se saben con razones e ideales suficientes.

Era solo un joven aquel que hizo desbordarse, en nuestras calles, un mar de cubanas y cubanos, cuando la Marcha de las Antorchas.

Era también solo un joven aquel que con su sangre generosa escribió millones de nombres en tan solo cinco letras: Fidel.

Es él en cada niño, adolescente o joven que le imita, que le sigue, que le ama, porque son grandes, desde que nacen, aquellos que con su ejemplo escriben un sinnúmero de historias en tan solo una palabra: justicia.

LAS AUTORAS

Corría el año 1926, cuando el 13 de agosto, a las dos de la madrugada, en medio de la exuberante naturaleza de la finca Birán, en Mayarí, hoy Holguín, en la antigua provincia de Oriente, nació un hermoso varón de doce libras de peso, al que sus jubilosos padres pusieron por nombre Fidel Alejandro.

Nacimiento



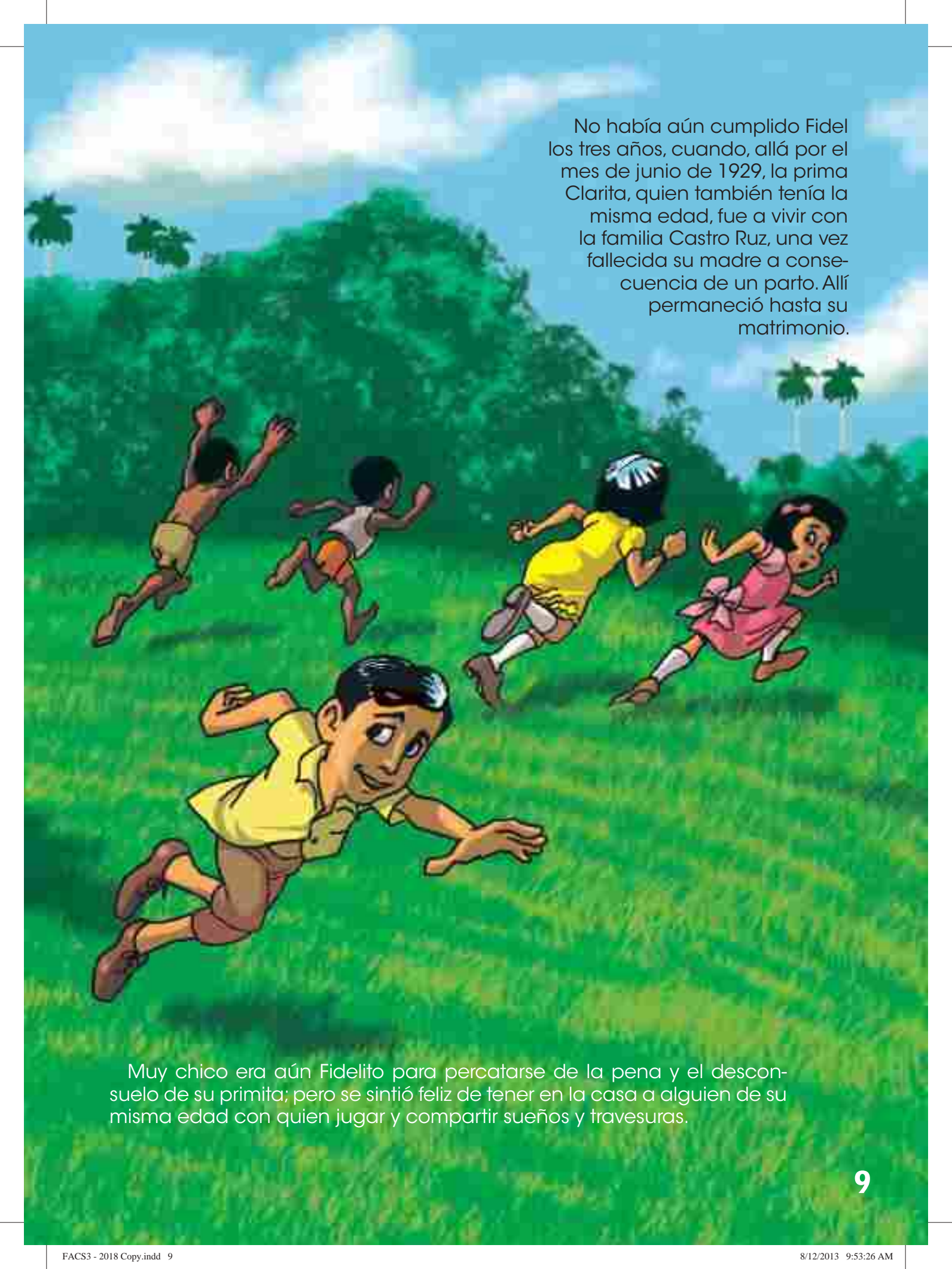
Ángel Castro Argiz y Lina Ruz González trajeron ese día al mundo al tercero de sus hijos. La primogénita, Ángela María, y Ramón Eusebio, se unieron a la felicidad de sus progenitores por la llegada del nuevo miembro de la familia.

La vida en Birán

Desde muy pequeño, Fidel Alejandro y sus hermanos se distraían con las labores de la finca propiedad de sus padres, con sus ruidos habituales y los animales domésticos que la poblaban; llamaba su atención de manera muy especial la inofensiva vaca Ballena, la que provocaban para luego huir corriendo hacia el interior de la vivienda.



Fidelito era un niño fuerte, que llevaba el pelo corto peinado a un lado. Era muy observador, siempre prestaba mucha atención a todo lo que lo rodeaba, deseoso de aprender.

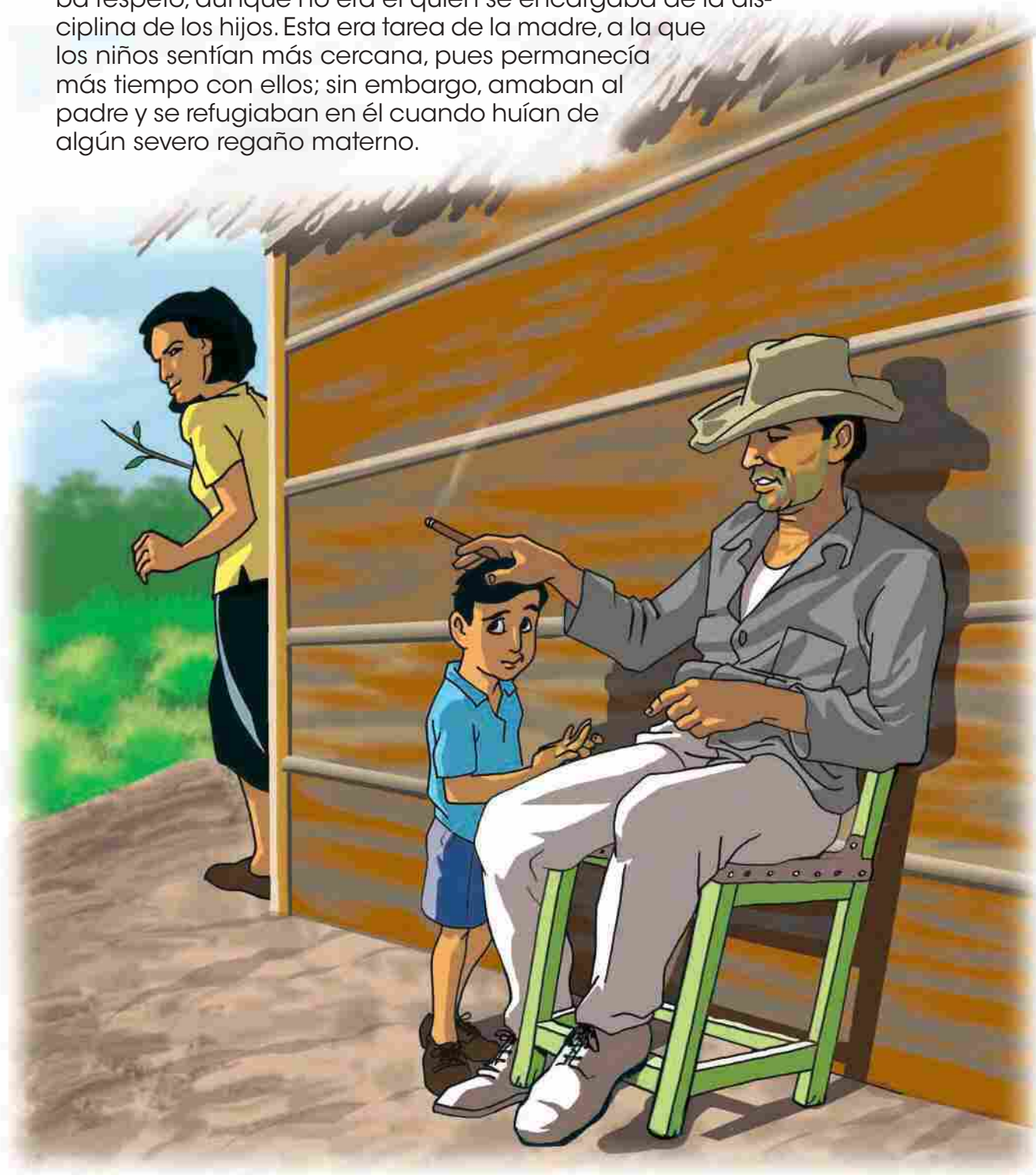
A colorful illustration of five children running happily across a lush green field. In the foreground, a young boy in a yellow shirt and brown shorts runs towards the viewer with a joyful expression. Behind him, four other children are running in the same direction: two boys in white tank tops and shorts, a girl in a yellow dress and a white hat, and another girl in a pink dress. The background features a dense line of green trees and several palm trees under a bright blue sky with soft white clouds.

No había aún cumplido Fidel los tres años, cuando, allá por el mes de junio de 1929, la prima Clarita, quien también tenía la misma edad, fue a vivir con la familia Castro Ruz, una vez fallecida su madre a consecuencia de un parto. Allí permaneció hasta su matrimonio.

Muy chico era aún Fidelito para percatarse de la pena y el desconsuelo de su primita; pero se sintió feliz de tener en la casa a alguien de su misma edad con quien jugar y compartir sueños y travesuras.

Tenía Fidel cuatro años cuando abandonó la cuna de hierro y pasó a una pequeña cama, junto a la de los padres. Todos dormían en el cuarto superior, mucho más fresco que el resto de las habitaciones.

Don Ángel era tierno y cariñoso: les acariciaba el pelo con su mano grande y fuerte de hombre trabajador. Les inspiraba respeto, aunque no era él quien se encargaba de la disciplina de los hijos. Esta era tarea de la madre, a la que los niños sentían más cercana, pues permanecía más tiempo con ellos; sin embargo, amaban al padre y se refugiaban en él cuando huían de algún severo regaño materno.



En 1930, Fidelito comenzó a asistir a la Escuela Rural Mixta no. 15, de Birán, una construcción de paredes de madera y techo de zinc, a la que iban unos veinte o veinticinco alumnos de la localidad. La escuelita, como toda la zona, contó siempre con el apoyo económico de don Ángel.

La escuela



En el aula había muchos libros y, en las paredes, fotos de Martí, Maceo, Gómez y otros patriotas de las luchas libertarias; también presidía aquel humilde local el escudo de la patria.

La idea de aprender llenaba a Fidel Alejandro de alegría. Se sentaba en primera fila para no perder un detalle y atendía a todo con enorme interés; aunque se trataba de un multigrado —es decir, un aula a la que asistían niños de primero a sexto grados. En realidad, aún no tenían edad para ir a la escuela; pero como sus hermanos mayores debían hacerlo, Fidelito y su prima Clara también iban y aprendían junto a los hijos de los campesinos y obreros del lugar.

Al terminar las clases, en la tarde, iban los niños a bañarse en las poco profundas aguas del río Manacas.

Formaban un grupo alegre y divertido, en el que no se notaban diferencias entre los hijos del dueño de la finca y los de sus trabajadores.

Por supuesto, Fidel y sus hermanos disfrutaban de ciertas atenciones y pequeños privilegios: su casa, sus ropas y comidas eran un poco mejores; pero los padres, conscientes de su origen humilde, nunca les prohibieron jugar con los otros muchachos del batey.



Así, toda la tropa de chicuelos, bien vestidos y calzados unos, desaharrapados y descalzos otros, se dedicaba a corretear y nadar en el río, en medio de aquella copiosa naturaleza poblada de árboles diversos, y entre todos se estrechaba una buena amistad.

La maestra, una muchacha joven y cariñosa llamada Engracia, fue su primer amor; se quedaba mirándola embobado, para no perder una palabra. Luego pasaron sucesivamente por aquella escuelita rural Miguelina, Pepe Sánchez y Eufrosia Feliú Ruiz, amargada y exigente.

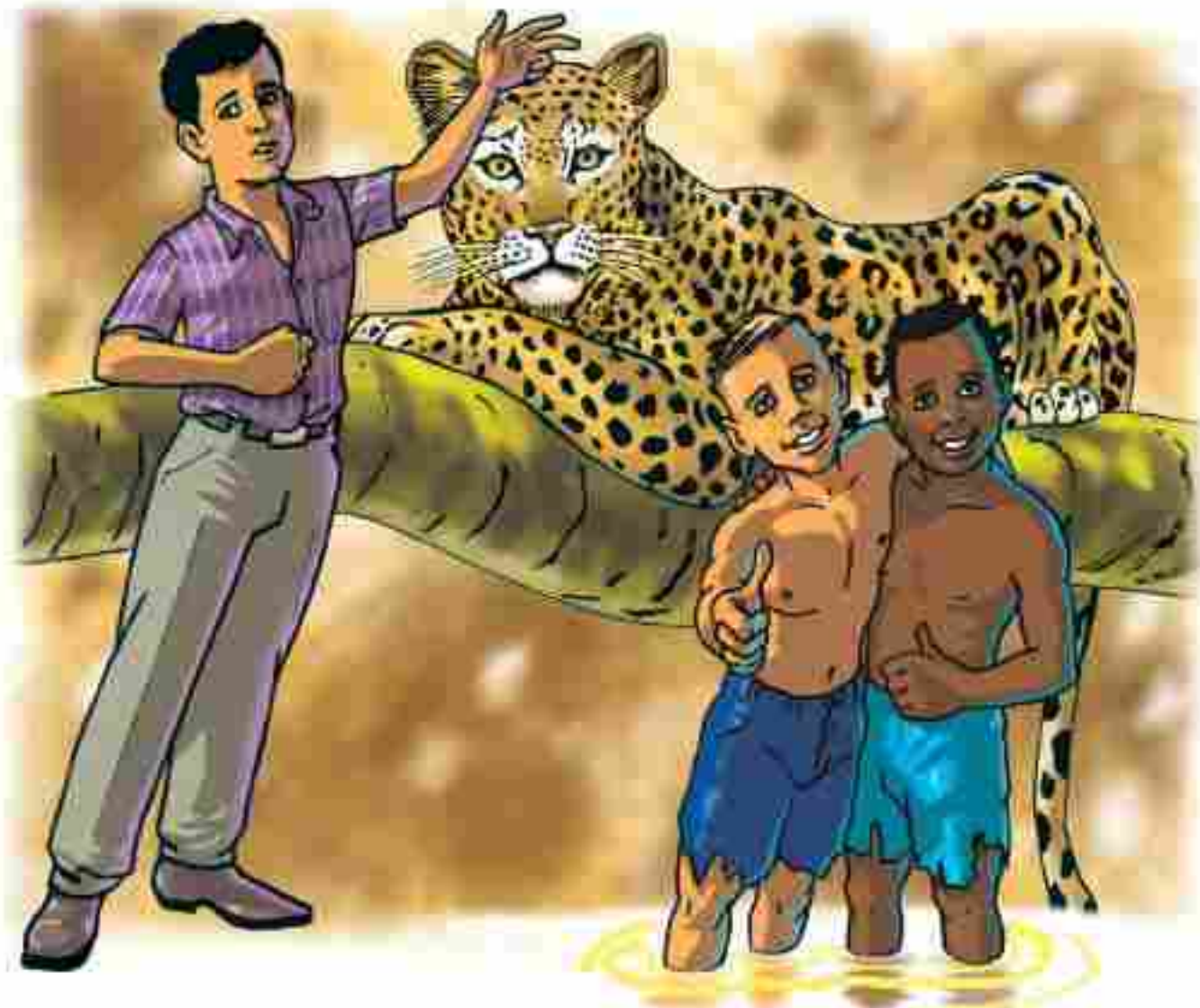
Eufrosia los castigaba poniéndolos de rodillas o haciéndolos permanecer de pie contra una esquina, eso no le gustaba a Fidelito; por ello se rebelaba, decía malas palabras y escapaba por la ventana del fondo.

Un día, en la huida, se cayó y se clavó una puntilla en la lengua atrevida. Al llegar a la casa tuvo, además, que soportar el justo regaño de la madre.

Cuando la clase no le interesaba, sus ojos y su imaginación volaban libres por los campos o recordaba el nacimiento de su hermanito menor: Raúl Modesto, hecho que le causaba un gran regocijo.



Terminó el curso escolar y Fidelito concluyó primer grado; cantaba con solemnidad y emoción el himno nacional, y recitaba poemas de nuestro Apóstol José Martí, como aquellos que dicen: "Yo tengo más que el leopardo, / Porque tengo un buen amigo". *



Eufrasita, la maestra, habló con los padres acerca de la necesidad de que los niños, tan inteligentes, siguieran sus estudios en Santiago de Cuba, y los convenció. Les ofreció su casa y los cuidados de su hermana. Angelita ya debía comenzar estudios superiores y Fidel, tan despierto, tendría muchas más posibilidades de desarrollo en la capital de la provincia. Podrían asistir a los colegios Spencer, para niñas, y La Salle, para varones, entre los de mayor prestigio por aquella época.

Deseosos de lo mejor para sus hijos, don Ángel y doña Lina, al fin, dieron su consentimiento, sin imaginar que la persona a quien confiaban sus hijos solo estaba animada por el afán de lucro personal.

* José Martí: "Versos sencillos", en *Obras completas*, t.16, colección digital, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2007, p. 122.

Pasadas las fiestas navideñas, Angelita y Fidel emprendieron el viaje hacia Santiago de Cuba, con el corazón repleto de añoranza por la familia, el piquete de amigos que dejaban atrás y la naturaleza que rodeaba la hermosa finca de Birán.

La primera noche fue muy difícil para el pequeño niño y Angelita intentó tranquilizarlo; pero Fidelito se sentía muy afligido y desamparado, preguntaba por sus padres y se aferraba con fuerza a la compañía de su hermana mayor.

Los días pasaban, pero las cosas no mejoraban; por el contrario, a la nostalgia se sumaban las privaciones, motivadas por las órdenes de Eufrasita: el dinero que don Ángel enviaba con puntualidad no era empleado en la atención de sus hijos, quienes, incluso, llegaron a pasar hambre. También sus ropas y zapatos se deterioraron hasta el punto de que el propio niño tuvo que intentar repararlos.



Angelita había sido matriculada en el colegio Spencer; pero Fidelito no hacía más que perder el tiempo. Sin salir de la triste casa, escuchaba durante horas las notas del piano, mientras se aburría repasando las tablas y otras operaciones matemáticas que aparecían en las carátulas de las libretas.

Los niños nunca fueron al cine ni a pasear. En todos esos meses solo salieron de excursión a La Socapa.* Allí Angelita se asustó con la violencia de las aguas; pero Fidel Alejandro estaba deslumbrado por el paisaje y después recordaría aquella gira como su único momento de felicidad, en esta etapa santiaguera.

Cuando el padre llegó de visita, Fidelito corrió a sus brazos; el pequeño había enflaquecido, llevaba una larga melena y su aspecto era poco saludable. El hombre indagó alarmado y le explicaron que había tenido sarampión.

Don Ángel una vez más confió en aquellas gentes, sin imaginar las privaciones que sufrían sus hijos. Eufrosia economizaba con tal rigidez los 120 pesos enviados cada mes, que dos años después pudo viajar a las cataratas del Niágara, en Estados Unidos.

Mientras, en Birán, el 6 de mayo de 1933, nacía Juana de la Caridad, la quinta hija del matrimonio. Los cuidados de la pequeña demorarían la visita de Lina, que no ocurrió hasta la primavera siguiente, en que fue a verlos, con el pequeño Raúl de la mano.

Lina había comprado un saco de mangos para obsequiarlos; pero cuando los vio, se estremeció ante el terrible abandono y la extrema delgadez de sus niños, quienes devoraron las frutas con tal voracidad que la dejó espantada.

Angelita contó todo a la madre y la infeliz doña Lina se echó a llorar. Los llevó a pasear, les compró ropas y zapatos nuevos, fueron al barbero y a la peluquera, y también a una heladería en el centro de la ciudad.

Al amanecer, tomaron el tren de regreso a Birán; los muchachos iban jubilosos y a la hora de la comida disfrutaron de su primer festín, luego de tantos meses de penuria.



* La Socapa es un caserío situado en la bahía de Santiago de Cuba, frente al Castillo del Morro, y separado de este por la estrecha entrada del puerto.

Vacaciones en Birán

De nuevo en la casa, los varones dormirían en una habitación de la planta principal. A Fidelito lo desvelaron los ruidos que antes le resultaban familiares y ahora eran para él inhabituales.

El niño tenía un caballo de color dorado, chico pero inteligente, al que había llamado Careto, porque tenía la cara blanca. El animal era inquieto, vigoroso y veloz.



Fidel Alejandro acostumbraba a cabalgar, al pelo o con montura, aferrándose a la crin y, a veces, hasta sin freno.

Ese día del regreso, ensilló el bruto y recorrió la zona de un lado a otro montado sobre él. Se sintió libre y regocijado en medio de la naturaleza.

De nuevo a Santiago

Terminadas las vacaciones, los niños regresaron a la ciudad para continuar sus estudios. Eufrasia se había deshecho en explicaciones y había prometido que la situación no se repetiría. Y una vez más, los padres confiaron en aquella mujer sin escrúpulos.

Ramón, más enfermizo, permaneció en la finca.

Angelita matriculó en el colegio de Belén, cercano a la casa. Ahora no sufrieron las privaciones de la primera vez; pero Fidel continuaba sin asistir a clases. La mañana la dedicaba a sus escasas lecciones; pero después del mediodía no tenía

nada que hacer, lo que representaba un gran sufrimiento para un niño con un temperamento tan vivaz, afanoso, imaginativo y dinámico.

Un día, al fin, le anunciaron su matrícula en el colegio religioso La Salle.

Con ocho años de edad, a inicios de 1935, comenzó a cursar la segunda mitad del primer grado: la permanencia en casa de la maestra le había provocado un retraso notable.



Al mediodía, Fidelito recorría las seis cuadras que había entre la escuela y la casa, almorzaba y luego, emprendía el regreso.

Por esa época, en Birán, todos esperaban con alegría el nacimiento de Enma Concepción, la sexta hija de Ángel y Lina, que ocurrió el 2 de enero de 1935, a las cinco de la mañana.

Llegaron las vacaciones y Fidel volvió feliz al hogar. Al concluir la etapa de descanso volvería a Santiago, esta vez, acompañado de Ramón.

Primera rebeldía

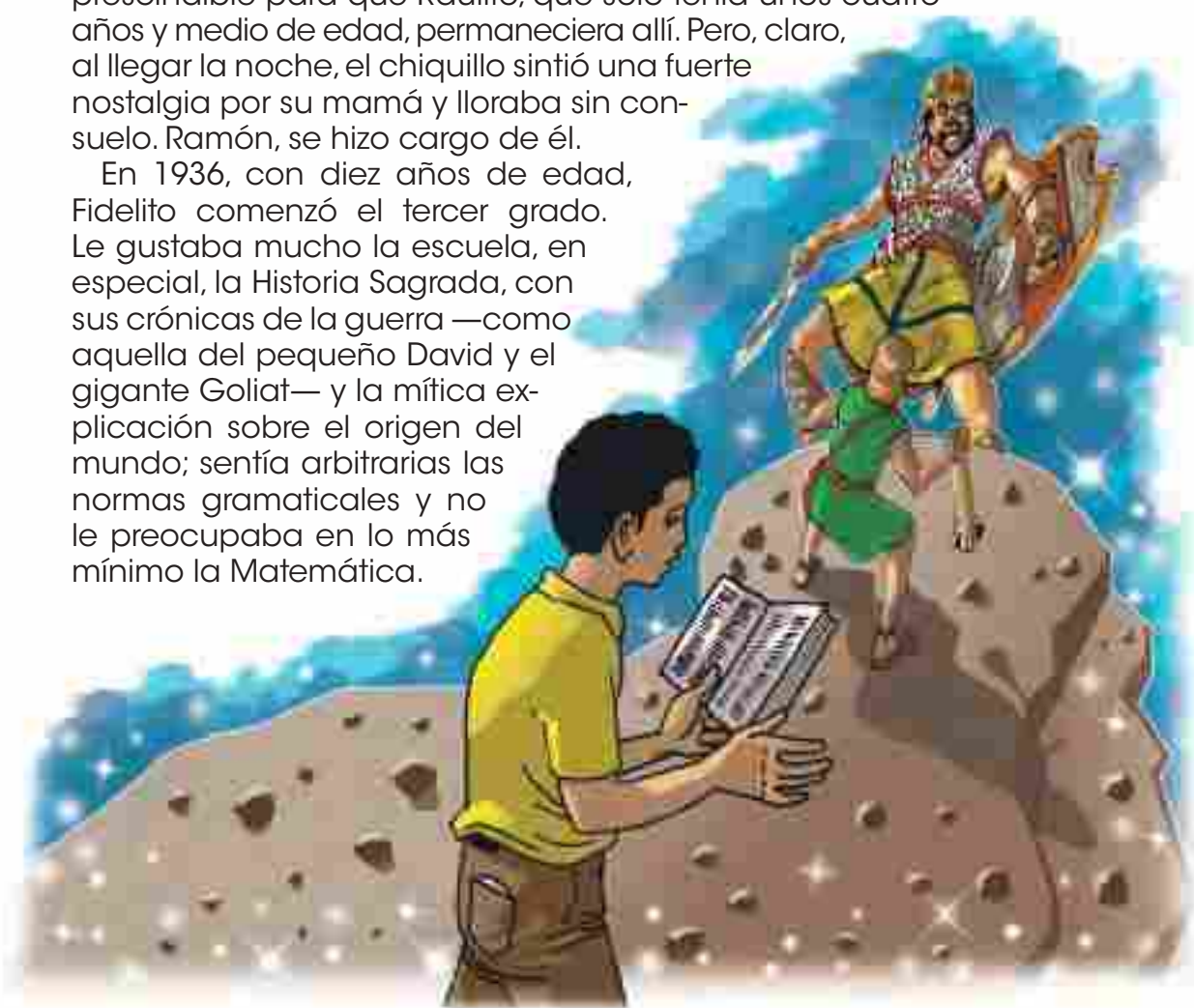
Ambos niños añoraban la libertad de la finca. A Fidelito le molestaban los continuos regaños y amenazas de mandarlo interno al colegio. Un buen día se rebeló para que tuvieran que cumplir la advertencia: había llegado a la conclusión de que estudiar interno sería más divertido que permanecer en casa de la maestra. Y la estratagema dio resultado: lo enviaron pupilo a La Salle.

El cambio fue radical: podía jugar en el patio con los muchachos y la compañía de gente de su edad le alegraba.

Un sábado, Lina fue a visitar a sus hijos mayores acompañada de Raúl, y al pequeño le gustó el ambiente del colegio e insistió en quedarse con sus hermanos.

La madre tuvo que comprar ropas y una maleta con lo imprescindible para que Raulito, que solo tenía unos cuatro años y medio de edad, permaneciera allí. Pero, claro, al llegar la noche, el chiquillo sintió una fuerte nostalgia por su mamá y lloraba sin consuelo. Ramón, se hizo cargo de él.

En 1936, con diez años de edad, Fidelito comenzó el tercer grado. Le gustaba mucho la escuela, en especial, la Historia Sagrada, con sus crónicas de la guerra —como aquella del pequeño David y el gigante Goliat— y la mítica explicación sobre el origen del mundo; sentía arbitrarias las normas gramaticales y no le preocupaba en lo más mínimo la Matemática.



Le agradaba estudiar y, en particular, leer. La mucha lectura en voz alta contribuyó a desarrollar las dotes oratorias que más tarde le serían tan útiles. Su imaginación volaba fantasiosa hacia las batallas, las excursiones al mar y la práctica deportiva.

Ese año, durante las vacaciones de Navidad, no pudieron ir a Birán, donde había una epidemia de tifus, por lo que Ángel y Lina consideraron preferible que permanecieran en la escuela.

Tuvieron la oportunidad de comprar muchos juguetes, todos los que deseaban..., pero se aburrían tremendamente en la soledad del colegio y añoraron el regreso a la finca, el cual no ocurriría hasta las vacaciones de Semana Santa (abril).

En el verano llegaron al hogar con las maletas cargadas de imágenes re-

ligiosas compradas en el internado. Los padres vieron el gesto con buenos ojos hasta que les llegó la cuenta... Poco después, Ángel descubrió que sus hijos se dedicaban a cazar gallinas y patos, lo que también fue causa de un buen regaño.

Por aquella época acontecía en España la Guerra Civil, y Fidelito simpatizaba con la causa republicana, quizás porque el viejo cocinero de la casa también se solidarizaba con ella. El niño le leía con paciencia lo que publicaban los diferentes diarios.



Al iniciarse el curso escolar en 1937, Fidel, por sus buenas notas, pudo matricular quinto grado y no cuarto. Tenía ya once años y ello le permitiría vencer el atraso a que lo habían condenado en casa de la maestra.

Era considerado un buen alumno, magnífico deportista, sobresaliente lector, disciplinado y serio. Sin embargo, una pelea con otro muchacho, protegido de uno de los sacerdotes, cambió la opinión que había sobre él. El cura le propinó un par de bofetadas, que lo humillaron profundamente. En otra ocasión, el sacerdote volvió a pegarle y Fidel le respondió. El director no quiso escucharlo y los maestros se pusieron todos en contra de Fidelito.

De nuevo en Birán: segunda rebeldía



Al fin, llegaron Ángel y Lina a la escuela y se encontraron con aquella situación inesperada. Ambos fueron respetuosamente recibidos; pero, de inmediato, les cayó encima un aluvión de quejas, que casi no podían creer y que los llenaban de vergüenza.

Los niños notaron el disgusto de los padres y callaron durante el viaje a la casa. No podían imaginar que don Ángel había decidido que se quedaran en Birán, donde, según él, el trabajo y la disciplina los harían hombres.

Al contador de la finca le encargó ponerles a Fidel y a Ramón largas tareas de Matemática como castigo. El empleado cumplía la misión guiándose por un libro, sin saber que el mayor de los hermanos tenía en su poder un folleto con las respuestas. Ambos copiaban sin recato, para terminar pronto y salir al campo y al sol. No obstante, en la oficina se les iba la mañana.

Pero no todo era malo; aquel hombre les narraba acerca de la historia de Grecia y Roma, y les despertaba el interés por personajes de la literatura.

Al concluir las vacaciones, don Ángel no los envió de regreso a la escuela. Fidel no se resignó, consideraba injusto el castigo y le dolía que nadie escuchara su versión de los hechos: él había sido la víctima de la violencia del sacerdote, el humillado.

Se confió a Lina y ella, con esa inteligencia natural que poseía, entendió la importancia del estudio para el futuro de sus hijos. La madre lo apoyó y conversó con don Ángel. Su intuición le decía que el niño no mentía y logró convencer al padre, que esta vez lo matricularía en el colegio Dolores.



Ramón se quedó en Birán y a Raúl lo enviaron a una escuela cívico-militar creada por Fulgencio Batista Zaldívar, autopromovido a coronel, en su afán de ganar prestigio.

Angelita viajó con Fidel para preparar el ingreso al bachillerato. De nuevo estarían en casa de unos amigos, quienes adoptaron desde el principio una actitud severa. Si Fidel no obtenía buenas calificaciones, le quitaban todo tipo de entretenimiento. Tuvo que inventar que en la escuela habían extraviado la libreta donde registraban las notas como constancia para los tutores y, al finalizar el curso sin lograr estar entre los mejores, seguir inventando...

Por esa época, Fidelito conoció a la profesora Emiliana Danger Armiñán, quien prepararía a Angelita para su ingreso al bachillerato. Al oír la clase destinada a su hermana, quedó maravillado.

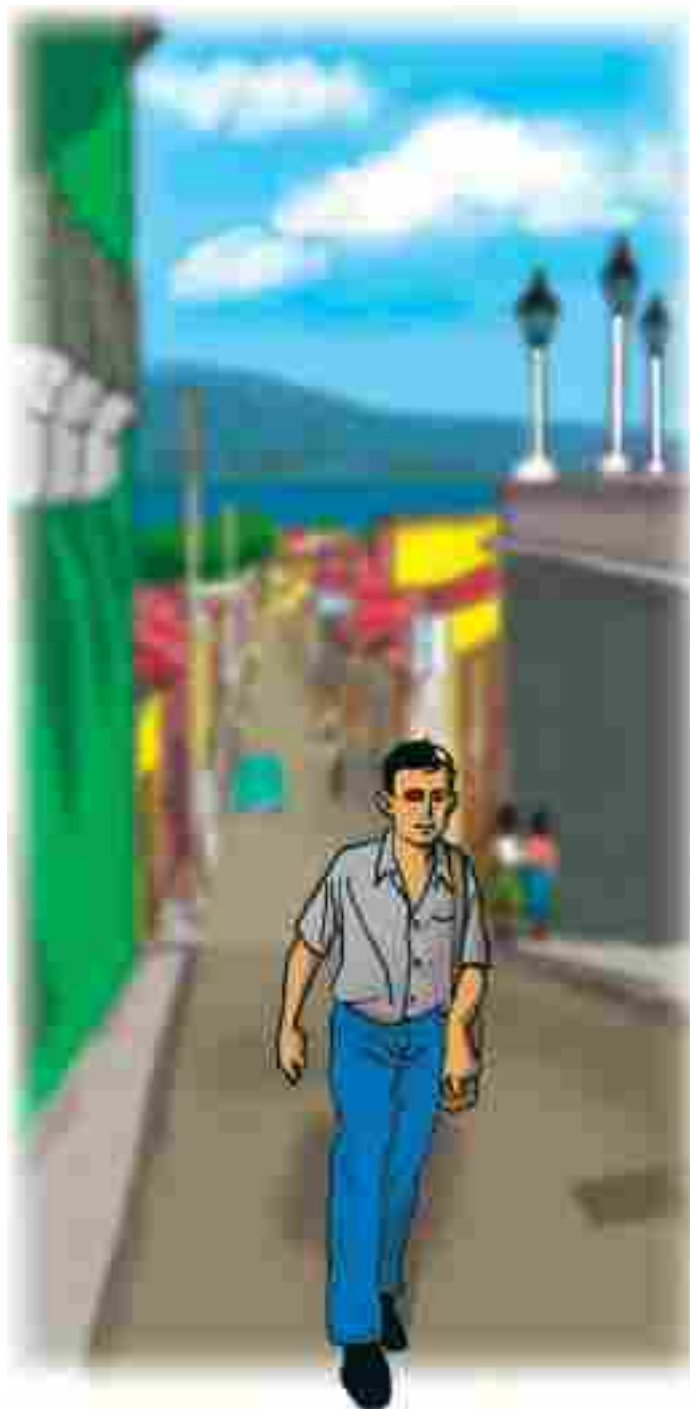
A la vez, sus preguntas lograron interesar a la maestra, quien descubrió en el niño una extraordinaria inteligencia y le propuso que se preparara para el ingreso e hiciera a la vez el primer año de bachillerato, de forma que cuando tuviera la edad se presentara a los exámenes.

Sin embargo, una operación de la apéndice, cuya herida se le infestó, hizo que permaneciera hospitalizado por tres meses, por lo que estos planes se desvanecieron.

Ramón, que había matriculado en Dolores, lo visitaba de vez en cuando. Lina no podía ir a verlo, porque recién había nacido Agustina del Carmen, el 28 de agosto de 1938.

Dado de alta, de nuevo sufrió el encierro para estudiar, los veinte centavos a la semana, la amenaza de internarlo en el colegio...

Tercer viaje a Santiago: tercera rebeldía



Un día, se rebeló negándose a cumplir las órdenes: lo pusieron interno y fue feliz.

Los alumnos del colegio Dolores iban con frecuencia de exploración a lugares apartados. Los sacerdotes jesuitas* intentaban formar el carácter de sus estudiantes y estimulaban el esfuerzo, la resistencia, la decisión de enfrentar riesgos y el espíritu emprendedor.

Fidel medía sus fuerzas con la naturaleza. Sabía que sus profesores nunca lo reprenderían por retrasarse tratando de escalar la elevación más alta. Por eso, un día se empeñó y puso en juego

toda su energía y destreza: llegó dos horas después del tiempo fijado, con la ropa raída y exhausto... pero había logrado su propósito.

Su carácter se forjaba con las pruebas que se imponía a sí mismo subiendo montes y estudiando con ahínco por los libros.

Era buen alumno y mejor deportista; pero se distanciaba cada vez más de la mística religiosa.



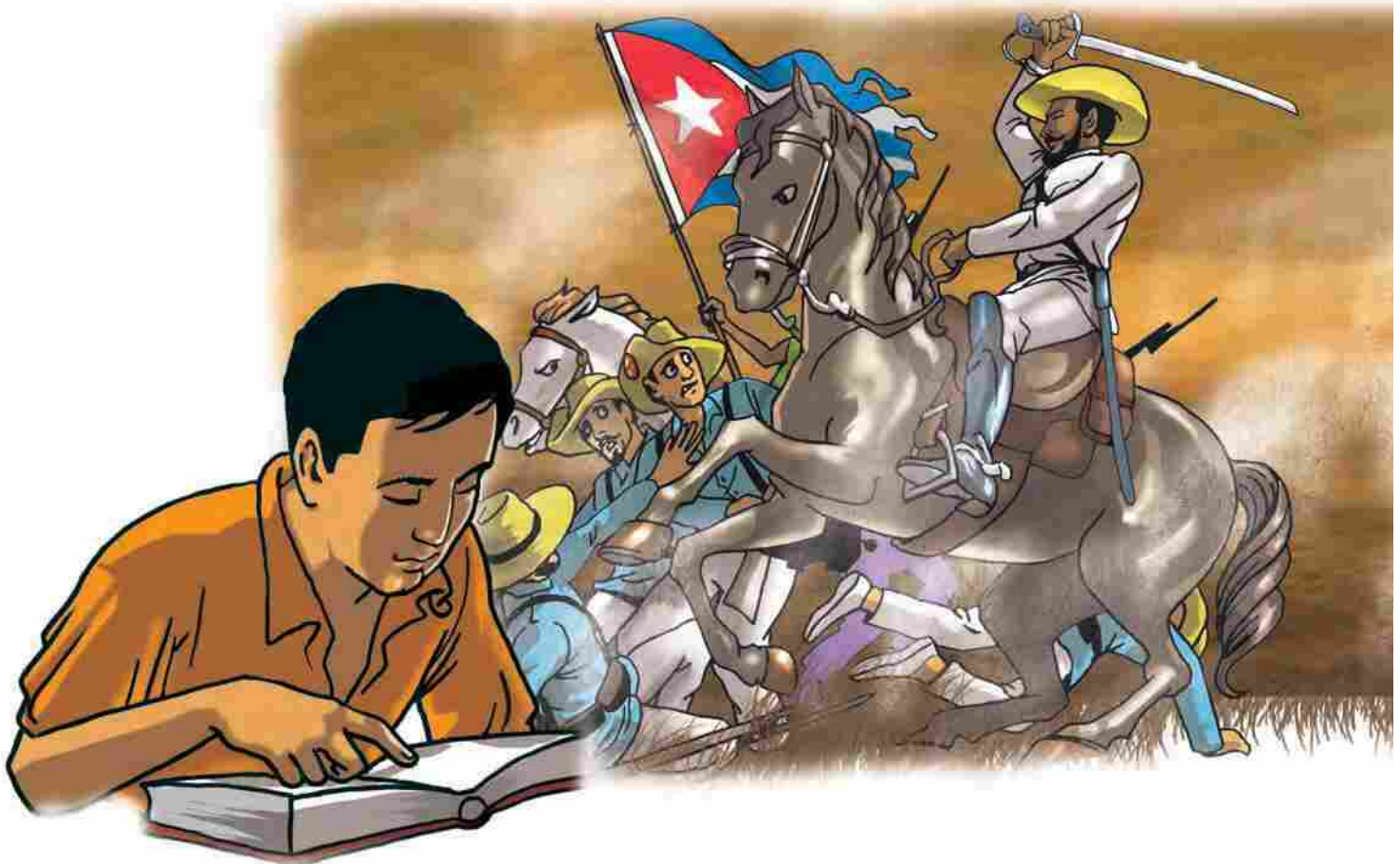
* Perteneciente a la Compañía de Jesús, orden religiosa del catolicismo.

Su imaginación se recreaba en las grandes batallas de la historia y en sus héroes: Alejandro, Aníbal, Napoleón y Bolívar... Admiraba a los conquistadores españoles y, en especial a Colón, por la intrepidez que le permitió enfrentarse a la Mar Océana, sus conocimientos de navegación y su disposición aventurera. En aquellos tiempos, aún no los enjuiciaba.

Interés por el arte de la guerra

En los recesos y durante las vacaciones, con bolitas de tierra o con papel, representaba las fuerzas de dos ejércitos que se enfrentaban: su vocación de estrategia se forjaba desde aquella etapa infantil.

Guardaba un álbum de postales sobre la vida de Napoleón, cuyo genio militar admiraba; pero mucho más cerca de él estaban Simón Bolívar Palacios, el Libertador, y los próceres de nuestras gestas emancipadoras: Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo, Máximo Gómez Báez, Antonio Maceo Grajales y José Martí Pérez, el Apóstol.



Con sentido estratégico concebía también la práctica del deporte y antes de cada partido se preguntaba ¿quiénes son los contrarios?, ¿qué clase de jugadores serán?, ¿cuáles son sus principales ventajas y desventajas?

Segunda Enseñanza en Santiago



Solicitó matrícula en el Instituto de Segunda Enseñanza de Santiago de Cuba, el 15 de mayo de 1940. Venció las rigurosas pruebas de ingreso y logró ubicarse entre los mejores de la clase: sus calificaciones eran resultado del estudio constante por los libros de texto y de sus continuas lecturas.

En septiembre de 1940 inició el bachillerato en dicho instituto.

Por esa época, engañado por la historia oficial, admiraba profundamente al presidente Franklin Delano Roosevelt y el 6 de noviembre de 1940 le escribió una carta de saludo, que le sirvió para practicar sus conocimientos del inglés:

[...] Tengo doce años de edad, soy un niño y pienso mucho [...] no sé mucho inglés, pero sé mucho español, y supongo que usted no sabe mucho español, pero sabe mucho inglés porque usted es americano, pero yo no soy americano.

La respuesta, no de Roosevelt, sino de algún funcionario de la embajada, causó una revolución en el colegio. Fidelito volvió a escribir, expresando su disposición de combatir en la guerra contra el fascismo.

Llegaron las Navidades y otras vacaciones en Birán: turrónes, uvas, manzanas, puerco asado, vino...; pero la crudeza de aquel invierno no le permitía pasear por el campo, como estaba acostumbrado.

El 10 de mayo de 1941, en el Registro Civil de Cueto, fue inscrito al fin con el nombre de Fidel Alejandro Castro Ruz.

Por esa época aún no usaba espejuelos y empezó a acentuársele la miopía, sobre todo en el ojo derecho. En 1943, visitaría por primera vez al oftalmólogo, quien le recetó lentes para leer y escribir. Sin embargo, no sería hasta siete años después que comenzaría a utilizarlos.

El joven Fidel tenía ya quince años de edad y su padre, en muestra de consideración, le sirvió vino y le ofreció un tabaco sacado de su oloroso estuche de cedro.



Fin de estudios en La Habana



Fidel quería concluir el bachillerato en el colegio Belén, en La Habana, y lo conversó con sus padres, quienes accedieron. Más tarde los convencería para que Angelita estudiara en las Ursulinas, también en la capital.

El día de la partida, la madre y su hermano Ramón lo acompañaron, a caballo, hasta el ferrocarril de Alto Cedro. Se despidió con un fuerte abrazo de su seres queridos y con una larga mirada del paisaje familiar. Luego emprendió el viaje.

En la Estación Central de Ferrocarriles de La Habana, lo esperaba don Fidel Pino Santos, amigo del padre, quien po-

dría haber sido su padrino y a quien debía su nombre.

El nuevo alumno de Belén reposó un buen rato en la aristocrática residencia de Miramar que servía de vivienda a don Fidel. Luego marchó feliz hacia el colegio: dos días después se iniciaba el curso escolar.

A la mañana siguiente, tomó un tranvía y llegó al Parque Central, donde se halla el monumento en honor a Martí. Paseó por la famosa Acera del Louvre y conoció el hotel Inglaterra. Recorrió a pie la zona hasta el oscurecer. Regresó, cargado de paquetes y experiencias.

En el colegio, Fidel fue una revelación en el baloncesto de menores de dieciséis y dieciocho años. Al finalizar el tercer año, integraba el equipo de fútbol y estableció un récord de 5,8 pies en salto alto.

Además sus notas eran de excelencia y había obtenido premios en Español, Inglés e Historia. Estudiaba duro; para él era cuestión de honor alcanzar buenas calificaciones, lo que no siempre dependía de su esfuerzo: a veces los profesores exigían un aprendizaje memorístico, y el joven Fidel estimaba que era un verdadero desperdicio.

No se consideraba a sí mismo un alumno modelo. Se distraía con frecuencia en clases y dedicaba mucho tiempo a la preparación deportiva. Pero asistía con puntualidad y disciplina a las aulas y en época de pruebas estudiaba en todo momento y lugar.

Era el encargado de apagar las luces y cerrar las ventanas y los portones del salón de estudio y, en vez de retirarse como todos a las diez de la noche, lo hacía tres o cuatro horas más tarde.

También participaba en acampadas, como la realizada a la ermita de Monserrate, en el valle de Yumurí. Fue nombrado general de exploradores, luego de una excursión a las montañas de Pinar del Río, en la que cruzó a nado el río Taco Taco, que se hallaba crecido, para asegurar del otro lado una soga y lograr que sus compañeros pasaran sin ser arrastrados por la corriente.

Al respecto puede leerse en la revista *Ecos de Belén*: “[...] se organizó la terrible ‘lucha’ en la que Elmo y Fidel mostraron habilidades que con el tiempo han de dar que hablar [...]”

En cuarto año organizó una escalada al Pan de Guajaibón, que dejó exhaustos a los muchachos; aunque el hermoso paisaje contribuyó a la rápida recuperación.



Al fin llegó la graduación. Fidel Alejandro sería uno de los más destacados estudiantes y el mejor atleta de su curso. Al pie de su foto, en su expediente escolar y en *Ecós de Belén* aparece la siguiente nota:

Fidel Castro Ruz (1942-1945). Se distinguió siempre en todas las asignaturas relacionadas con las letras [...] fue un verdadero atleta, defendiendo siempre con valor y orgullo la bandera del colegio. Ha sabido ganarse la admiración y cariño de todos. Cursará la carrera de Derecho y no dudamos **QUE LLENARÁ CON PÁGINAS BRILLANTES EL LIBRO DE SU VIDA. FIDEL TIENE MADERA Y NO FALTARÁ EL ARTISTA.**

La historia se encargaría de confirmar con creces estas palabras...



Índice

Prologuillo /	5
Nacimiento /	7
La vida en Birán /	8
La escuela /	11
Primer viaje a Santiago /	15
Vacaciones en Birán /	17
De nuevo a Santiago /	18
Primera rebeldía /	19
De nuevo en Birán: segunda rebeldía /	21
Tercer viaje a Santiago: tercera rebeldía /	23
Interés por el arte de la guerra /	25
Segunda Enseñanza en Santiago /	26
Fin de estudios en La Habana /	28

